



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

rior a ninguna, entre todas las que han sido historiadas, por la desesperada audacia de sus combatientes, por sus batallas y por el número de hombres que formaron en ellas y murieron. En cambio, esta guerra no es digna de ser tenida en cuenta si atendemos a la estrategia y a la incoherencia de cada una de las acciones. Absolutamente todo, y no sólo una parte, de lo que hicieron los galos fue en lucha guiada más por el coraje que por un cálculo. Cuando consideramos en cuán poco tiempo los galos fueron expulsados de las llanuras del Po, a excepción de algunos lugares al pie mismo de los Alpes, no creímos conveniente dejar en el olvido sus campañas ya desde el comienzo, ni tampoco las acciones subsiguientes, ni su expulsión final. En efecto: creo que es propio de la historia evocar tales episodios de la Fortuna y transmitirlos a las generaciones venideras. Así nuestros descendientes no ignorarán tales hechos ni se asustarán ante incursiones súbitas e irracionales de los bárbaros; podrán recordar que su linaje es poca cosa, y deleznable⁹⁸ si se aguanta y se ponen a prueba todas las oportunidades antes de ceder a cualquier necesidad. También creo que los que nos han recordado y nos han transmitido la incursión de los persas contra Grecia y la de los galos contra Delfos han apoyado no poco las luchas en pro de la salvación común de Grecia. Nadie desertará, aterrorizado por una gran cantidad de recursos, de armas o de hombres, de la lucha por el país o por la región si ha puesto ante sus ojos lo increíble de los hechos de entonces. Recuérdense las decenas de millares y la enormidad de los preparativos que fueron aniquilados por la actitud y el buen tino de unos com-

⁹⁸ Deleznable y fácil de combatir. Pero el texto griego es aquí inseguro; doy la traducción del texto de los códices, que es la adoptada por Büttner-Wobst.

batientes que luchaban con inteligencia y cálculo⁹⁹. El terror a los galos ha sobrecogido con frecuencia a los griegos no sólo antiguamente, sino también hoy. Con más razón, por consiguiente, me he visto impulsado a hacer una narración resumida, pero íntegra, de todas estas acciones.

*Muerte de
Asdrúbal. Aníbal toma
el mando*¹⁰⁰

Asdrúbal, el general cartaginés (pues de aquí partió nuestra digresión) había ejercido ocho años el mando en España cuando murió asesinado arteramente una noche en su propio aposento, por un hombre de raza gala; fue un ajuste de cuentas particular. Había promovido un gran auge en la causa cartaginesa, no tanto mediante empresas guerras como mediante tratos con los jefes del país. Entonces los cartagineses confirieron la comandancia de España a Aníbal, aunque era joven, debido a la perspicacia y a la audacia que había mostrado en las acciones. Aníbal tomó el mando, y pronto evidenció su propósito de hacer la guerra a los romanos, aunque ahora la difiriera algo. Desde aquella época sospechas y fricciones constituían las relaciones mutuas entre romanos y cartagineses. Éstos maquinaban secretamente, pues querían vengar sus derrotas en Sicilia, y los romanos desconfiaban porque se daban cuenta de las asechanzas. De ahí que los buenos observadores previeran que la guerra entre ellos iba a estallar tras no mucho tiempo.

⁹⁹ La reflexión polibiana de los párrafos 7-8 es de extraordinario valor: no se podía condensar en menos palabras, ni más exactas, el sentido de la cultura griega frente a la barbarie; esta cultura determina aún hoy nuestro ser cultural y político.

¹⁰⁰ Año 221.

37 *Historia de Grecia. Advertencia preliminar*¹⁰¹

2 En aquella misma época¹⁰² los aqueos y el rey Filipo¹⁰³ emprendieron, con el apoyo de los aliados restantes, la guerra llamada social, contra los etolios. Nosotros, tras recorrer la historia de Sicilia y de África y sus secuelas, hemos llegado, de acuerdo con nuestro plan inicial, al principio de esta guerra social y de la segunda que sostuvieron romanos y cartagineses, llamada por la mayoría guerra anibálica¹⁰⁴. En el planteamiento del principio anunciamos que situaríamos aquí el inicio de nuestra exposición. Ahora, pues, parece indicado que, tras la narración de los acontecimientos citados, se pase a la historia de Grecia, para que, tras situar todas las secciones de la introducción y preámbulo en el mismo punto cronológico, comencemos ya la historia detallada [de Italia]. En efecto, no hemos emprendido la redacción de historias particulares, como las de Persia o de Grecia, escritas por nuestros antecesores, sino la descripción simultánea de la historia de todas las partes conocidas del universo. La época actual ha coadyuvado particularmente a la adopción de esta perspectiva, cosa que aclararemos más en otras oportunidades¹⁰⁵. Quizás convenga que antes de abordar el tema tratemos sucintamente

¹⁰¹ Aquí empieza la parte final de lo que Polibio considera su preparación para su exposición histórica personal, que se inicia en el libro tercero.

¹⁰² El año 220. Siempre que puede, Polibio aprovecha estas coincidencias de fechas. Aquí la coincidencia no es rigurosamente exacta, pues la muerte de Asdrúbal se da en el año 221.

¹⁰³ Filipo V de Macedonia. Una caracterización de la situación general de Grecia en este período, en BINGSTON, *Geschichte*, págs. 389-90.

¹⁰⁴ Es la segunda guerra púnica.

¹⁰⁵ En la obra que queda de Polibio no hay nada que corresponda a esta promesa.

de los países y de los pueblos más conocidos del mundo.

Por lo que se refiere a Asia y a Egipto, bastará 6 hacer la exposición desde la época que se acaba de precisar, puesto que la historia de sus antepasados ha sido descrita por muchos y es conocida de todos. Y en nuestra época la Fortuna no ha producido en ellos cambios tan inesperados que hagan preciso evocar sus tiempos pretéritos. En cuanto al pueblo aqueo y a la 7 casa real de Macedonia, será necesaria una exposición breve de su pasado, ya que esta última ha sido total- 8 mente destruida; los aqueos, por su parte, como ya se indicó más arriba, han experimentado en nuestra época una expansión y concordia inesperadas. Son 9 muchos los que intentaron, tiempo atrás, reunir a los peloponesios en una comunidad de intereses, pero nadie logró conseguirlo, porque la libertad común no era lo que buscaban todos sino su propia dominación. Pero 10 en nuestro tiempo esta perspectiva ha gozado de gran auge y perfección: los peloponesios no sólo han llegado a una comunidad política fundada en la alianza y la amistad, sino que utilizan las mismas leyes, pesos, medidas y monedas, y además nombran magistrados, consejeros y jueces comunes. En suma: sólo falta una 11 cosa para que todo el Peloponeso no tenga la organización de una sola ciudad: que sus habitantes no se ven circundados por una sola muralla. Por lo demás, todos ellos, en cada ciudad y en el seno de la confederación, gozan de igualdad de derechos.

Historia de los aqueos

En primer lugar, no será inútil 38 ver cómo y en qué circunstancias se impuso el nombre de aqueos a todos los peloponesios. Los por- 2 tadores genuinos de esta denominación no sobresalen ni por la extensión de sus territorios ni por el número de ciudades, ni por su riqueza

3 ni por la bravura de sus hombres. En efecto: el pueblo arcadio y el laconio les superan en mucho en número de habitantes y en la extensión del país, y, en valor personal, los mismos que he citado están en condiciones de no ceder ante ningún griego, por esforzado que sea. ¿Cómo y por qué motivo, entonces, los aqueos gozan de tan buena fama que todos los demás peloponesios han adoptado su nombre y su constitución? Resulta claro que no debemos recurrir a la Fortuna; sería cosa vana. Hay que buscar una causa, ya que sin ella nada ocurre, por posible o imposible que parezca. La causa, creo, es la siguiente: sería imposible encontrar un régimen de igualdad política y de libertad de palabra más puro que el que prefieren los aqueos. Entre los peloponesios hubo algunos que lo eligieron libremente, a muchos les atrajo su poder de persuasión y su racionalidad. Otros, en fin, se vieron obligados a adoptarlo, pero sus rasgos hicieron que éstos que se habían visto forzados lo aprobaran inmediatamente. No reserva ningún privilegio a los miembros antiguos, y otorga una igualdad absoluta a los que se van adhiriendo, con lo que se alcanzó rápidamente la finalidad propuesta; coadyuvaron a ello dos elementos muy poderosos, su equidad y su filantropía¹⁰⁶. Esto es lo que se debe considerar principio y causa de la concordia de los peloponesios y de la prosperidad de que gozan. Esta tendencia y estas características, que acabo de mencionar, de la constitución, existían ya antes entre los aqueos. Hay muchos ejem-

¹⁰⁶ La palabra griega *philanthropía* es de traducción difícil: por un lado significa los honores y la asistencia de un estado a otro, pero no rechaza el componente de *humanitas* que algunos traductores quieren hacer resaltar demasiado. Pédech traduce «liberalidad», Walbank y Paton, «humanity». De modo que he creído preferible transliterar la palabra y aclarar su contenido en una nota.

plos que evidencian esto, pero para hacerlo creíble bastarán por ahora un par de ejemplos.

En la época en que en la región de Italia, en la ³⁹ entonces llamada Magna Grecia, fueron incendiados los lugares de reunión de los pitagóricos¹⁰⁷, se produjo un movimiento revolucionario general, cosa lógica, ya que ² en todas las ciudades habían sido asesinados de manera irracional todos los hombres principales. Las ciudades griegas de aquellos lugares se llenaron de ³ matanzas, de revueltas y de confusión de todo tipo. Entonces la mayor parte de las ciudades griegas envió ⁴ legados allí para recomponer la situación, pero ante sus males presentes se sirvieron de los aqueos y de la ⁵ confianza de que éstos gozaban. Y no sólo en aquella ocasión acogieron y aprobaron las instituciones aqueas, sino que tras algún tiempo se esforzaron en adoptar ⁶ su constitución. Las ciudades de Crotona, Síbaris y Caulón se invitaron mutuamente a ponerse de acuerdo: primero establecieron un lugar y un templo comunes, dedicados a Zeus Hamario, en el que celebraban sus ⁷ reuniones y consejos generales; después adoptaron las leyes y las costumbres de los aqueos, y se dispusieron a usarlas y a administrarse según la constitución aquea. Abdicaron de ella mal de su agrado, por fuerza: se ⁸ la quitó Dionisio de Siracusa¹⁰⁸, con su tiranía, y también la opresión de los pueblos no griegos que les rodeaban. Más tarde, cuando los lacedemonios se hundieron ⁹ inesperadamente en la batalla de Leuctra y los tebanos, contra todo pronóstico, se hicieron con la hegemonía ¹⁰ de Grecia, hubo gran confusión entre todos los griegos, principalmente entre los citados, ya que unos no

¹⁰⁷ A finales del siglo VI y principios del V. En rigor, el movimiento se dirigía contra la aristocracia que formaba estas escuelas.

¹⁰⁸ Dionisio I de Siracusa. Su historia y un juicio sobre su personalidad, en BENGSTON, *Geschichte*, págs. 268 y sigs.

reconocían su derrota y otros no llegaban a creer que
 9 habían sido vencidos. Con todo, tebanos y lacedemonios
 fiaron el arbitraje de sus discusiones tan sólo a
 10 los aqueos, de entre todos los griegos, y no considera-
 ron entonces la fuerza aquea, casi la menor de toda
 Grecia, sino lo que vale mucho más, su fiabilidad y su
 probidad íntegra: pues está reconocido que en estas
 11 cualidades gozaban entonces de la máxima fama. De
 momento estas instituciones sólo las tenían ellos, y no
 se dio un éxito o una acción digna de mención que con-
 12 dujera al progreso de sus propias empresas, porque
 no acababa de surgir un caudillo a la altura de tales
 principios; cuando salía uno, se veía oscurecido y pa-
 ralizado antes por el imperio lacedemonio, y luego
 principalmente por el de los macedonios.

40 Pero cuando, oportunamente, surgieron hombres
 capaces, el carácter aqueo evidenció al punto su diná-
 mica, y culminó la más bella de las realidades, la con-
 cordia de los peloponesios¹⁰⁹. Arato de Sición debe ser
 2 tenido por inspirador y cabeza de toda la empresa:
 luchó en tal sentido. Filopemén de Megalópolis¹¹⁰
 culminó este ideal, asegurado y consolidado durante
 3 cierto tiempo por Licortas¹¹¹ y los de su partido. Inten-

¹⁰⁹ WALBANK, *Commentary*, ad loc., anota que hay un eslogan político no distinto del de los políticos actuales. La *Historia* de Polibio, en efecto, tiene el objetivo básico de explicar la constitución y subsistencia del imperio romano, pero secundariamente quiere ser, no muy en segundo término, una apología de la Liga aquea y de su política.

¹¹⁰ Arato de Sición y Filopemén de Megalópolis, vistos con enorme simpatía por Polibio, juegan un papel importante en su *Historia*. El primero fundó la Confederación aquea. Cf. nota 13 al libro primero, y una caracterización suya, en IV 8, 1-12. En cuanto a Filopemén, Polibio destaca sus dotes militares repetidamente, pero principalmente en X 21, 5-8, donde además le caracteriza como el político más hábil entre los griegos contemporáneos.

¹¹¹ Licortas era el padre de Polibio.

taremos aclarar qué es lo que hizo cada uno, cómo lo hizo y en qué oportunidad; se hará siempre la exposición según convenga a la redacción. Haremos una
 4 mención resumida de los fines que persiguió Arato en esta ocasión y en posteriores¹¹², porque él mismo ha compuesto unas *Memorias* muy verídicas y claras acerca de sus propias acciones. En cambio, en lo que se
 5 refiere a los otros, nuestra descripción será más minuciosa y extensa. La exposición resultará más clara, y su asimilación más asequible a los eventuales lectores si iniciamos la historia en la época en que tras
 disolver los reyes de Macedonia la Confederación aquea de las ciudades independientes¹¹³, comenzó de nuevo una aproximación de las ciudades entre ellas. Desde entonces la federación ha crecido continuamente
 6 y llegó al estado de perfección que tiene en nuestra época, como acabamos de decir con cierto detalle.

En la Olimpiada ciento veinti-
 41 cuatro¹¹⁴ los de Patras y los de Dime empezaron a federarse, en
 2 el tiempo en que murieron Ptolomeo Lago, Lisímaco y también Seleuco y Ptolomeo Cerauno¹¹⁵. Todos éstos fallecieron
 en la Olimpiada mencionada. En los tiempos anteriores 3

¹¹² En este mismo libro segundo. Polibio no piensa seguramente en la Guerra Social. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹¹³ Una primera Confederación aquea se disolvió casi después de la muerte de Alejandro (323), para reconstituirse hacia el año 280. Los reyes de Macedonia que impidieron su subsistencia fueron Demetrio I y Antígono Gonatas.

¹¹⁴ O sea, los años 284/280.

¹¹⁵ Ptolomeo Lago, diádoco de Egipto, muerto hacia el 281; Lisímaco dominó la mayor parte de Asia Menor desde el Hesponto, en la Tracia; murió en el año 280 en la batalla de Corupedio; Seleuco I murió en el año 280 siendo rey de Siria. Ptolomeo Cerauno: de este personaje se sabe poco; el ejército macedonio le proclamó rey de Macedonia. Una excelente visión

la situación política de nuestra nación era aproximadamente como sigue: gobernada por reyes después de Tisamenes ¹¹⁶, hijo de Orestes, y que fue expulsado de Esparta después del retorno de los heraclidas ¹¹⁷, dominó las regiones de Acaya. Después de él, pues, fue gobernada por monarcas de este mismo linaje hasta Ogigo ¹¹⁸. Posteriormente los lacedemonios, molestos por los hijos del citado, quienes no gobernaron según las leyes, sino despóticamente, cambiaron su constitución en una democracia. Desde entonces, en las épocas siguientes, hasta la época de Alejandro y de Filipo, las cosas les iban bien o mal, según las circunstancias, pero, según ya hemos dicho, intentaron siempre mantener su federación en la democracia. Comprendía doce ciudades todavía hoy existentes, a excepción de Olena y de Hélice, esta última engullida por el mar ¹¹⁹ antes de la batalla de Leuctra. Las ciudades son Patras, Dime, Feras, Tritaea, Leontio, Egia, Pelene, Egio, Bura y Carinea. En el lapso de tiempo transcurrido entre el final del imperio de Alejandro y el comienzo de la Olimpiada ciento veinticuatro, estas ciudades cayeron en desunión y en malestar. Ello se debió principalmente a la acción de los reyes de Macedonia. Todas se separaron unas de otras, y mantuvieron sus diferencias en discordia mutua. Esto motivó que en unas se establecieran guarniciones de Demetrio y de Casandro,

de conjunto del mundo griego inmediatamente después de la muerte de Alejandro la ofrece BENGSTON, *Geschichte*, páginas 360-366.

¹¹⁶ Personaje absolutamente legendario.

¹¹⁷ Se llama así la penetración de los dorios en Grecia, hacia el año 900 a. C.

¹¹⁸ La única mención en toda la literatura griega de este personaje parece ser ésta.

¹¹⁹ Esta última destruida seguramente por un maremoto el año 373 (DIOBORO, XV 48); Olena se sumergió lentamente en el mar (ESTRABÓN, VIII 7, 4-5).

y posteriormente de Antígono Gonatas; en otras ciudades se impusieron tiranos. Es sabido que este Antígono implantó muchas tiranías en Grecia.

Pero hacia la Olimpiada ciento veinticuatro, como más arriba indiqué, las ciudades cambiaron de parecer y empezaron de nuevo a federarse. Fue en la época en que Pirro desembarcó en Italia ¹²⁰. Las primeras ciudades que se asociaron fueron Dime, Patras, Tritaea y Feras, y por esta razón no nos queda ninguna estela de su confederación ¹²¹. Tras esto, más o menos al cabo de cinco años, los egieos ¹²² lograron expulsar la guarnición y entraron en la confederación; a continuación lo hicieron los burios ¹²³, que habían asesinado a su tirano. Y al mismo tiempo se les unieron los carineos, ¹⁴ porque Iseas, que entonces era tirano de Carinea ¹²⁴, se apercibió de cómo había sucumbido la guarnición de Egio, de cómo había muerto el tirano de Bura a manos de Margos ¹²⁵ y de los aqueos, y comprendió que le iban a declarar la guerra por todas partes. Abdicó, ¹⁵ pues, del gobierno, y unió la ciudad a la Liga aquea,

¹²⁰ Año 281/280.

¹²¹ Es decir, ninguna inscripción en columnas que la recuerden. Pero el texto griego ofrece una doble interpretación sintáctica: a) porque la unión de las cuatro villas era provisional y, por esto, no constó oficialmente, o bien b) porque las cuatro villas no entraron en la Confederación, sino que la formaron (esto último, WALBANK, *Commentary*, ad loc).

¹²² Egio, al N. de la Acaya, no lejos de Patras, en la misma costa del Istmo. El año es el de 276/5.

¹²³ Bura estaba en las colinas de la actual Diakophto, al N. del Peloponeso. Su localización exacta se desconoce.

¹²⁴ Carinea (o Cerinea, pues la grafía es dudosa) estaba en una colina entre los ríos Vuphusia y Kalavryta, al N. de la población moderna de Mamousia.

¹²⁵ Margos de Carinea, primero, fue un exiliado que trabajó en la Confederación aquea. Cf. el capítulo 10 de este mismo libro segundo.

tras recibir seguridades personales de parte de los aqueos.

42 ¿Por qué me he remontado a estos tiempos? En primer lugar, para que se vea claro cómo, y en qué época, y qué aqueos se coaligaron, inicialmente, por segunda vez, y además para que no ya nuestras afirmaciones, sino los propios hechos hagan creíbles los logros de esta institución. La política de los aqueos vino a ser siempre la misma: mantuvieron entre ellos la igualdad de derechos y la libertad de expresión. Lucharon y pugnaron sin cesar contra los que, por sí mismos o por obra de tiranos, querían esclavizar sus patrias. Con su propósito y sus métodos llegaron a impedirlo ellos mismos o valiéndose de aliados. Porque, en vistas a ello, incluso los éxitos logrados por la ayuda de los aliados en los años que siguieron redundaron en interés de éstos y no de los propios aqueos¹²⁶. Éstos se aso-

¹²⁶ Aquí el texto griego es oscuro y se presta a interpretaciones: Schweighäuser traduce: «nam et quae sociis adjuvantibus in hoc genere sunt postea effecta ad Achaeorum instituta referri debent». Paton traduce: «for the Achaean political principle must be credited also with the results furthering their end, to which their allies in subsequent years contributed». El P. Antonio Ramon, en su traducción catalana de la Bernat Metge, basándose seguramente en la versión latina de Schweighäuser (que me consta personalmente que manejó preferentemente) interpreta que los resultados obtenidos en la guerra social por los aliados deben atribuirse a la constitución aquea. Pero en el párrafo siguiente, el 5, se menciona a los romanos, de los que no se puede decir que hayan adoptado la constitución aquea. La idea es más general, seguramente: no se refiere a unos hechos concretos, sino a que los principios que inspiraron la política de la Confederación aquea —libertad e igualdad— son los que en política salvan a las ciudades. No hay una referencia a la constitución aquea *stricto sensu*. Es interesante WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «Polybius is claiming that in so far as Achaean allies have helped (a) to extend equality and liberty, (b) to crush those who would enslave their own behalf or on behalf of 'the kings', the credit should

ciaron a acciones de otros muchos, y a las más bellas e insignes de los romanos. Pero jamás se interesaron, en modo alguno, por extraer provecho particular de sus éxitos: la libertad individual y la concordia entre los peloponesios era el único pago que exigían por todo su celo, que siempre ponían a la disposición de los aliados. El tema será tratado de una manera más explícita a la luz de los mismos hechos históricos.

Las ciudades citadas se gobernaron por sí mismas durante los veinticinco primeros años¹²⁷: elegían en turno de rotación un secretario y dos generales¹²⁸. Después decidieron nombrar sólo un general y confiarle todos los asuntos. El primero que alcanzó este honor fue Margos de Carinea. Cuatro años después de su nombramiento Arato de Sición, con sólo veinte años, liberó a su patria de la tiranía con audacia y valor. Luego se unió a la Confederación aquea, pues ya des-

go to Achea.» La versión inglesa de Paton abona esta interpretación. Pero, con todo, la idea es complicada y debiera tenerse en cuenta que el *leit-motiv* de Polibio parece ser aquí el desinterés con que obran los aqueos, tesis, por lo demás, corriente en Polibio, y apuntada a continuación, con motivo de los romanos. Creo que el término griego *proairesis* aquí significa «interés» y los «aqueos» que, en el texto griego siguen a continuación, no son los aqueos en sentido estricto, sino ellos y todos sus aliados, entre los que, en cierto modo, cabrá contar, en el futuro, a los romanos. Así todo el texto griego, difícil ciertamente, parece integrarse en una unidad coherente, sin que, naturalmente, se excluyan, como alternativa posible, las otras interpretaciones, procedentes de verdaderos especialistas en el pensamiento polibiano.

¹²⁷ O sea, 280-279/256-255.

¹²⁸ También aquí el texto griego se presta a interpretaciones: «en turno de rotación» (y no «periódicamente», como traduce Paton) quiere decir que los cargos correspondían, según un orden preestablecido, a las ciudades, que nombraban a los titulares; éstos, por consiguiente, no eran elegidos por la asamblea general. Para una discusión más amplia, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

de el principio se había convertido en partidario fer-
 4 viente de sus instituciones. Al cabo de ocho años fue
 elegido general por segunda vez. Mediante un golpe de
 mano se apoderó del Acrocorinto¹²⁹, dominado hasta
 entonces por Antígono Gonatas¹³⁰. Así libró de un gran
 temor a los habitantes del Peloponeso. Tras salvar a
 5 los corintios, les sumó a la Confederación aquea. Du-
 rante este mismo generalato entró en tratos con la ciu-
 6 dad de Megara y la unió a los aqueos: esto fue en el
 año anterior a la derrota de los cartagineses, que les
 obligó a evacuar totalmente Sicilia y a abonar, por pri-
 7 mera vez, un impuesto a los romanos. Arato logró en
 poco tiempo grandes progresos para sus planes, y si-
 guió gobernando a la nación aquea. Hacía que sus
 acciones e intenciones apuntaran a la sola finalidad
 8 de expulsar a los macedonios del Peloponeso, de des-
 truir las monarquías y de asegurar a todos la libertad
 9 común y la estatal. Mientras Antígono Gonatas vivió,
 Arato se opuso continuamente a sus falacias y a la
 avaricia de los etolios. Trataba las acciones de una
 10 manera realista, aunque aquéllos llegaron a tal grado
 de injusticia y audacia como para comprometerse mu-
 tuamente a aniquilar la Liga Aquea.

44 Tras la muerte de Antígono, los aqueos establecie-
 ron una alianza con los etolios, y les ayudaron noble-
 mente en su guerra contra Demetrio¹³¹. De momento,

¹²⁹ Como se verá después, la posesión militar del Acrocorinto no implica forzosamente la de la ciudad. Es necesario haber contemplado personalmente la formidable mole del Acrocorinto, como aserrada de arriba a abajo, verticalmente, sobre la ciudad, para entender cómo se podía ser dueño de la ciudad, pero no del bastión que se cierne sobre ella.

¹³⁰ Rey de Macedonia y fundador de la dinastía de los antigónidas. Empezó a reinar en Macedonia hacia el 277 (277-239). Una historia de su reinado, ANTONIO TOVAR-MARTÍN SÁNCHEZ RUIZ, *Historia de Grecia*, págs. 284-286.

¹³¹ Demetrio II de Macedonia, que reinó en los años 239-229;

desaparecieron las divergencias y animosidades, y sur-
 2 gió una disposición sociable de amistad. Demetrio reinó
 sólo diez años, y murió al tiempo que los romanos
 pasaban a la Iliria, con lo que los proyectos iniciales
 de los aqueos tomaron buen rumbo. En efecto: la
 3 desaparición de Demetrio hizo perder las esperanzas a
 los tiranos que aún subsistían en el Peloponeso: él era
 para ellos algo así como un jefe que les pagaba. Ade-
 más, les acechaba Arato, convencido de que debían
 abandonar las tiranías. Ofrecía grandes dones y hono-
 res a los tiranos que se avenían a ello sin presentar
 resistencia; a los que se negaban les amenazaba, de
 parte de los aqueos, con peligros y horrores aún ma-
 yores. Los tiranos, pues, cedieron, se dejaron conven-
 4 cer de dejar sus tiranías, de liberar a sus patrias y
 de coaligarlas a la Confederación Aquea. Aún en vida
 5 de Demetrio, Lidíades de Megalópolis, previendo el fu-
 turo, dejó, de manera prudente y realista, la tiranía
 por su propia iniciativa y se adhirió a la Confederación.
 Aristómaco, tirano de Argos, Jenón de Hermíone y
 6 Cleónimo de Fliasio depusieron entonces también sus
 tiranías y se agregaron a la democracia aquea.

Estas adhesiones hicieron ma-
 45 yor la pujanza y el progreso del
 pueblo aqueo. Los etolios se lle-
 naron de envidia: su injusticia y
 su avaricia eran congénitas. Abri-
 garon la esperanza de desunir las ciudades, tal como
 tiempo atrás habían desunido las de Acarnania en fa-
 vor de Alejandro¹³² y habían intentado hacerlo con las
 aqueas en favor de Antígono Gonatas. Entonces les 2

luchó contra los etolios, que codiciaban la Acarnania, y contra los aqueos en la Argólida y en el Ática.

¹³² Alejandro II del Epiro, que sucedió a su padre, Pirro, a la muerte de éste en el 272.

exaltaron esperanzas semejantes y tuvieron la osadía de aliarse con Antígono¹³³, a la sazón jefe de los macedonios y tutor de Filipo, todavía niño. Se aliaron también con Cleómenes, rey de Esparta: a ambos les dieron las manos. Veían que Antígono dominaba la situación con seguridad en Macedonia y que, por otro lado, era un enemigo reconocido y claro de los aqueos, por lo del Acrocorinto. Suponían que si infundían a los lacedemonios odio contra el pueblo aqueo y lograban así hacerles colaboradores de sus planes atacando a los aqueos en el momento justo, ellos, los etolios, levantarían guerra contra los aqueos desde todas partes y les vencerían fácilmente. Y lo hubieran logrado con una rapidez lógica si en su planteamiento no se les hubiera pasado lo más importante: no atinaron que, en sus intentos, iban a tener a Arato por antagonista, hombre capaz de salirse de cualquier dificultad. Los etolios se lanzaron a intrigas y a manejos injustos, pero no sólo no lograron nada de lo que se habían propuesto, sino que, al contrario, consolidaron el mando¹³⁴ de Arato y fortalecieron a la nación aquea. Arato, en efecto, mediante una hábil operación de distracción, les echó abajo todos los planes. La exposición siguiente explica cómo se desarrolló la cosa.

46 Arato veía que los etolios no se atrevían a una guerra abierta contra los aqueos por ser tan recientes los favores que habían recibido de ellos en la suya contra Demetrio¹³⁵, pero que se entendían con los lacedemo-

¹³³ Antígono Dosón, rey de Macedonia; reinó en 229-222. Pero todo el planteamiento polibiano de la guerra social es altamente improbable (WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

¹³⁴ La palabra griega correspondiente no significa sólo un mando militar, sino que, sin excluirlo, entraña también un liderazgo político y social.

¹³⁵ Demetrio I Poliorcetes, segundo rey de Macedonia (306-283).

nios, y que envidiaban grandemente a los aqueos. Cuando Cleómenes¹³⁶ atacó a los etolios por sorpresa y se apoderó de Tegea, de Mantinea y de Orcómeno, ciudades que no sólo favorecían su política, sino que eran miembros de la Liga etolia, los etolios, lejos de irritarse, le confirmaron en la posesión. Los que antes, por avaricia, juzgaban suficiente cualquier pretexto para guerrear contra quienes no les habían faltado en nada, ahora consentían gustosos a la traición de que eran víctimas y perdían voluntariamente sus ciudades más importantes, sólo porque con ello veían a Cleómenes convertirse en un rival de cuidado para los aqueos. Arato, y asimismo los prohombres de la Liga aquea, se apercibieron de ello y decidieron no iniciar guerra alguna contra nadie, pero sí oponerse a las asechanzas de los lacedemonios. Primero se mantuvieron en esta resolución, pero vieron que Cleómenes inmediatamente después fortificaba insolentemente el lugar llamado Ateneo en el territorio de Megalópolis, y que se les mostraba enemigo acerbo y declarado. Entonces convocaron la asamblea general aquea, que decidió abrir ya abiertamente las hostilidades contra los lacedemonios. Éste fue el origen de la guerra de Cleómenes, que empezó en esta época¹³⁷.

¹³⁶ Cleómenes III, rey de Esparta, que da nombre a la guerra que Polibio va a historiar. En la batalla de Selasia (222) pierde el trono y se refugió en Egipto, donde murió.

¹³⁷ Para entender el complicado entramado de los capítulos 45 y 46 es preciso leer el excelente comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

47

*Negociaciones de
Arato con
Antígono Dosón*¹³⁸

De momento los aqueos decidieron afrontar a los lacedemonios sólo con sus fuerzas: pensaban que era más bello procurarse la salvación de sus ciudades y del país por sí solos y no con la ayuda de otros. Además, querían conservar la amistad de Ptolomeo¹³⁹, que en el pasado les había hecho favores, y no dar la impresión de que pedían a otros. La guerra llevaba ya algún tiempo. Cleómenes había suprimido el régimen político de su país y había convertido el reino constitucional en una tiranía. Conducía, además, la guerra de manera eficaz, con gran audacia. Arato previó el futuro; temeroso de la osadía y de la imaginación de los etolios, decidió tomarles una gran delantera y perturbar sus planes. Se había dado cuenta de que Antígono era persona activa e inteligente, y de que era hombre fiel y leal. Arato sabía, además, muy claramente que los reyes no consideran a nadie amigo o enemigo natural, sino que el criterio que les hace medir la amistad o la enemistad es la conveniencia. Se propuso, pues, hablar con Antígono, y avenirse con él; para ello le indicaría en qué abocaría la situación política de entonces. Sin embargo, muchas razones le hacían creer que el hecho no debía ser muy público, pues predispondría a Cleómenes y a los etolios contra él y contra sus propósitos. Además desalentaría a muchos aqueos: parecería que se pasaba al enemigo y que había perdido totalmente la confianza en ellos. Y esto era precisamente lo que menos quería: se resistía incluso a dar esta impresión. Tales eran sus planes; determinó entablar las conversaciones secretamente. Esto le obligó a decir y a hacer en público cosas que repugnaban

¹³⁸ Se desarrollaron entre los años 227-225.

¹³⁹ Ptolomeo III Evergetes, que reinó en Egipto (246-221).

a sus opiniones. Así disimulaba su diplomacia: aparentaba y sugería cosas que en realidad rechazaba. Ello¹¹ explica que algunas no consten ni tan siquiera en sus *Memorias*.

Arato sabía que los de Megalópolis pasaban apuros⁴⁸ en la guerra. Estaban situados en la frontera de Esparta, y luchaban a la vanguardia de los demás aqueos, sin obtener de ellos una ayuda proporcionada; también éstos estaban en dificultades y agobiados por su situación. Arato sabía también que los de Megalópolis estaban muy bien dispuestos hacia la casa real macedonia porque habían recibido favores de Filipo, hijo de Amintas¹⁴⁰. De todo ello concluyó que si Cleómenes les ponía en aprieto, buscarían en seguida apoyo en Antígono y pondrían su esperanza en los macedonios. Comunicó, pues, confidencialmente, su plan a Nicófanos y a Cércidas, dos ciudadanos de Megalópolis que habían sido huéspedes¹⁴¹ de su padre; eran personas adecuadas para lo que él proyectaba. A través suyo indujo fácilmente a los megalopolitanos a que despacharan una legación a los aqueos en demanda de ayuda a Antígono. Efectivamente, los de Megalópolis nombraron a los mismos Nicófanos y Cércidas embajadores ante los aqueos y seguidamente ante Antígono, siempre que la Liga aquea consintiera en ello. Y los aqueos aceptaron esta embajada de los megalopolitanos. Nicófanos y su colega acudieron al punto a ver a Antígono y le hablaron de manera breve y concisa de su propio país; trataron, en cambio, muy extensamente la situación en conjunto. Obedecían las consignas e instrucciones de Arato.

¹⁴⁰ Padre de Filipo II y abuelo de Alejandro Magno. Pero fue rey de Macedonia.

¹⁴¹ La referencia es a una institución típicamente griega, por la cual, hereditariamente, los miembros de determinadas familias recibían hospedaje en determinadas casas de otras ciudades.

1 Estas consistían en hacer que Antígono se diera
 cuenta de la acción confabulada de los etolios y de
 Cleómenes, de su fuerza y de la dirección que llevaba.
 Los primeros en precaverse debían ser, ciertamente,
 los aqueos, pero después Antígono, y ello con más
 2 razón. Era evidente para todos que los aqueos no po-
 drían sostener una guerra en dos frentes, pero era
 más evidente aún, para un buen observador, que Cleó-
 menes y los etolios, una vez vencidos los aqueos, no
 quedarían satisfechos ni iban a permanecer así como
 3 así: la avaricia de los etolios no se contentaría con
 alcanzar los límites del Peloponeso, ni tan siquiera
 4 los de Grecia. Y el celo de Cleómenes, por su parte,
 su intención, de momento sólo era alcanzar el dominio
 del Peloponeso, pero una vez logrado pretendería la
 5 hegemonía de toda Grecia. Ahora bien: no le era
 posible alcanzarla si antes no destruía el imperio ma-
 cedonio. De modo que los embajadores solicitaban de
 Antígono una previsión de futuro, y que examinara sus
 propios intereses. Que viera si le convenía hacer la
 guerra, apoyado por los beocios y los aqueos, contra
 Cleómenes en el propio Peloponeso, con lo cual se haría
 con la hegemonía de toda Grecia, o bien si, prescin-
 diendo del pueblo más importante, podía arriesgarse
 en la Tesalia contra etolios y beocios, y aún contra
 7 aqueos y lacedemonios, para dominar Macedonia. Los
 embajadores afirmaron que si los etolios, en recuerdo
 del apoyo que habían recibido de los aqueos en su
 guerra contra Demetrio¹⁴², decidían permanecer neu-
 trales, como ahora, los aqueos harían la guerra a Cleó-
 menes; si la Fortuna colaboraba con ellos, no preci-
 8 sarían de la ayuda de nadie. Pero si los etolios inter-
 venían y la Fortuna era contraria a los aqueos, entonces
 los embajadores le exhortaban a que, en tal caso, aten-

¹⁴² Cf. II 6.

diera a la situación: no debía descuidar la oportuni-
 dad y dejar de prestar socorro a los peloponesios mien-
 tras todavía se valían por sí mismos. Podía estar 9
 tranquilo en cuanto a la lealtad y a las debidas com-
 pensaciones: Arato había prometido que, una vez con-
 cluida la acción, él personalmente encontraría garan-
 tías satisfactorias para ambas partes. Y declararon, al 10
 propio tiempo, que Arato mismo indicaría cuándo se
 debía prestar la ayuda.

Antígono escuchó todo esto. Se convenció de que 50
 Arato se mostraba veraz y realista, y puso gran cuidado
 y atención en su actuación inmediata. Escribió a los 2
 de Megalópolis comunicándoles su ayuda siempre que
 los aqueos estuvieran de acuerdo con ella. Cuando la 3
 embajada de Nicófanos y Cércidas hubo regresado a
 su ciudad, hubo entregado las cartas del rey y hubo
 puesto en claro su interés y su adhesión, los megaló- 4
 politanos, entusiasmados, acudieron con gran interés
 a la asamblea de los aqueos para demandar que llama-
 ran a Antígono y pusieran inmediatamente la empresa
 en sus manos. Arato, por su parte, enterado privada- 5
 mente por Nicófanos y sus compañeros de los planes
 del rey, tanto de los referidos a él mismo como de los
 referentes a los aqueos, se alegró mucho de que su
 proyecto no hubiera resultado nulo. No se había cum-
 plido la esperanza de los etolios de que Antígono no
 sintiera el menor interés hacia él. Creyó que era muy 6
 acertado el punto de que los de Megalópolis se avi-
 nieran a confiarse a Antígono por obra de los aqueos;
 su interés principal era, como se señaló más arriba, 7
 no precisar de ayuda, pero si se debía recurrir inelu-
 diblemente a ella, deseaba hacer la demanda no él sólo,
 sino todos los aqueos. Temía que si el rey llegaba, 8
 vencía militarmente a Cleómenes, pero luego tomaba
 alguna decisión contraria a la constitución común, se
 le imputara a él la culpa de lo ocurrido, y que todos

9 le acusaran, en la creencia de que Antígono lo había hecho por la ofensa del Acrocorinto, inferida por él a la casa real de Macedonia. Por esto, cuando los megalopolitanos llegaron al consejo general¹⁴³ de los aqueos para mostrarles la carta y hacerles patente el favor del rey y pedir, además, que se llamara a Antígono lo más pronto posible, la asamblea quería exactamente lo mismo. Arato se adelantó, les manifestó la voluntad del rey y después alabó la actitud de la mayoría. Les exhortó con muchas razones más que nada a intentar salvar por sí mismos a las ciudades y al país, pues no había cosa más bella ni conveniente que ésta. Pero afirmó que si en ello la Fortuna les era adversa, debían recurrir a la ayuda de los amigos sólo tras haber puesto a prueba todas las esperanzas insertas en ellos mismos.

51 El pueblo manifestó su aprobación y decidió atenerse a las medidas ya tomadas y sostener ellos solos aquella guerra. Pero Ptolomeo desconfió de los aqueos y empezó a aprovisionar a Cleómenes; pretendía incitarle contra Antígono, ya que esperaba más de los lacedemonios que de los aqueos para oponerse a la política de los reyes de Macedonia. Los aqueos fueron derrotados primero en el monte Liceo; habían trabado combate con Cleómenes durante una marcha. Luego perdieron una batalla campal en Ladocea, en el territorio de Megalópolis. Aquí murió Lidíadas¹⁴⁴. Todavía sufrieron un tercer desastre total en Dime¹⁴⁵, en el

Comienzos de la guerra. Victorias de Cleómenes

¹⁴³ El consejo *general*; el adjetivo señala que se trata de la asamblea general de los aqueos de la primavera del año 226, y no de la asamblea ciudadana de Megalópolis. Sobre esto, sin embargo, hay discusión (véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

¹⁴⁴ Tirano de Megalópolis.

¹⁴⁵ Lugares de estas derrotas: el monte Liceo es actualmente el Diaforti, al SE. de Andritsaina; Ladocea es de ubi-

paraje denominado Hecatombeo; habían concurrido a esta batalla con el ejército íntegro¹⁴⁶. Por todo esto la situación ya no permitía dilaciones; las circunstancias forzaron a los aqueos a recurrir, de común acuerdo, a Antígono. Ante esta crisis¹⁴⁷, Arato envió a su propio hijo como mensajero al rey, y se aseguró la ayuda. Pero los aqueos, agobiados, aún se creían en situación difícil porque pensaban que el rey no iba a ayudarles si no recuperaba el Acrocorinto y no podía disponer en aquella guerra de la ciudad de Corinto como base. Pensaban, además, que los aqueos no se atreverían a entregar a Corinto a los macedonios si la ciudad se negaba. Esto hizo que la negociación sufriera un aplazamiento para examinar las garantías.

Con los éxitos citados Cleómenes iba causando pasmo, y siguió recorriendo tranquilamente las ciudades; a unas, las convencía, y a las otras las amenazaba e infundía terror. Hizo suyas de este modo Caria, Pelene, Feneo, Argos, Fliunte, Cleone, Epidauro, Hermión, Treceén y, al cabo, Corinto. Estableció su campamento en la ciudad de Sición, pero al mismo tiempo solucionó la dificultad principal de los aqueos. En efecto: los corintios ordenaron a Arato, el general¹⁴⁸, y a los aqueos

cación desconocida; Dime está al N. de la Acaya, a poca distancia de la costa (derrota de los aqueos en el verano del 226).

¹⁴⁶ «Con el ejército íntegro», expresión que ha salido bastantes veces y que volverá a salir repetidamente; equivaldría a nuestra movilización general.

¹⁴⁷ La palabra griega significa propiamente «ocasión», pero la interpretación «crisis» no parece desacertada, ante la mala situación de los aqueos.

¹⁴⁸ En realidad, aquí Arato no era el general; lo era Timóxeno; lo sabemos por una noticia de Plutarco (Arato, 38, 2). ¿Cómo hay que entender, pues, el texto de Polibio? Caben dos explicaciones: a) que Arato fuera general *de facto*, o bien b) que perviviera en Arato la potestad que en Sición le había sido conferida tras la caída de Corinto, lo cual le elevaba, en virtud de tal cargo, por encima del mismo Timóxeno. Cf. la nota 134.

que se retiraran de la ciudad, y enviaron una misión que llamara a Cleómenes. Esto proporcionó a los aqueos un pretexto y una ocasión razonable. Arato la aprovechó para ofrecer el Acrocorinto a Antígono. Los aqueos retuvieron la plaza, se borró el agravio inferido a la casa real macedonia y se aseguró una garantía suficiente respecto a la alianza ulterior. De momento Antígono dispuso de una base para la guerra contra los lacedemonios.

5 *Intervención de Antígono, que ocupa Acrocorinto*¹⁴⁹ Cleómenes conoció el pacto de los aqueos con Antígono, levantó el campamento que tenía cerca de Sición, acampó junto al Istmo e interceptó con una estacada y un foso el espacio entre el Acrocorinto y las montañas llamadas Oneas¹⁵⁰. Creía que estas medidas le darían el dominio indisputado del Peloponeso. Hacía tiempo que Antígono, de acuerdo con las sugerencias de Arato, estaba al acecho y esperaba acontecimientos. Ahora calculó, por lo ocurrido, que Cleómenes no tardaría mucho en penetrar en la Tesalia con sus fuerzas; envió legados a Arato y a los aqueos a recordarles lo convenido; él llegó con sus tropas al Istmo a través de la isla de Eubea. Los etolios, que, entre otras cosas, deseaban impedir que Antígono prestara ayuda, le prohibieron atravesar las Termópilas con un ejército; si lo intentaba, le vedarían el paso por la fuerza. Antígono y Cleómenes, pues, acamparon uno frente al otro. El primero pretendía introducirse en el Peloponeso, Cleómenes frustrar esta penetración.

53 Los intereses de los aqueos se habían visto fuertemente dañados, pero aún así no desistieron de sus planes ni abandonaron las esperanzas que abrigaban.

¹⁴⁹ Año 224.

¹⁵⁰ Este monte actualmente se llama Onion.

Acudieron en socorro de Aristóteles de Argos cuando se sublevó contra los partidarios de Cleómenes: su general Timóxeno cayó sobre la ciudad y la tomó mediante una estratagema. Ésta es la causa principal de que la situación se les enderezara: se reprimió el empuje de Cleómenes y la moral de sus fuerzas disminuyó, cosa demostrada por los mismos hechos. En efecto: Cleómenes ocupaba con ventaja posiciones estratégicas y disponía de avituallamiento más abundante que el de Antígono; también era más ambicioso y más audaz. Y, sin embargo, al serle comunicado que los aqueos habían tomado Argos, levantó el campo inmediatamente, abandonó las ventajas señaladas e hizo una retirada muy parecida a una fuga. Temía que el enemigo le rodeara por todas partes. Se lanzó sobre Argos, y durante algún tiempo intentó conquistar la ciudad; los aqueos le rechazaron con entereza y los argivos con el ardor característico de los que se han cambiado de partido. Cleómenes abandonó incluso esta empresa y se presentó en Esparta tras una marcha por el territorio de Mantinea.

Antígono penetró sin riesgo en el Peloponeso y tomó el Acrocorinto. Se reafirmó sin dilaciones en sus propósitos y se presentó en Argos. Felicitó a los argivos, restableció el orden en la ciudad y reemprendió al punto la marcha en dirección a la Arcadia. Expulsó las guarniciones enemigas de los fortines levantados por Cleómenes en la Egitida y en la Belminátida¹⁵¹, los confió a los megalopolitanos y acudió a la asamblea de los aqueos en Egio. Allí dio cuenta de sus actividades, deliberó acerca del futuro y fue nombrado general en

¹⁵¹ La Egitida es una pequeña región al NO. de la Laconia. Su capital es Caristo. La Belminátida es ya territorio de la Mesenia, contiguo al anterior, y su principal ciudad es Belmina (o Belbina; la grafía no es segura).

5 jefe de los aliados ¹⁵². Pasó parte del invierno en Si-
 ción y en Corinto. Llegada la primavera, tomó sus
 6 fuerzas y avanzó. En tres días alcanzó la ciudad de
 Tegea, y allí coincidió con los aqueos; estableció su
 7 campamento e inició el cerco. Los macedonios se em-
 plearon a fondo en las operaciones de asedio, espe-
 cialmente en las minas. Los tegeatas desesperaron
 8 pronto de su salvación y se rindieron. Antígono se
 aseguró la ciudad, prosiguió sus planes y avanzó ve-
 9 lozmente hacia la Laconia. Se aproximó a Cleómenes,
 que había tomado posiciones en su propio país, le tan-
 10 teó y sostuvo algunas escaramuzas. Supo por sus ex-
 ploradores que las tropas de Orcómeno habían salido
 en ayuda de Cleómenes. Levantó el campo a toda prisa
 11 y asaltó la ciudad, que tomó por la fuerza. Luego es-
 12 tableció sus reales junto a Mantinea, y la cercó. Los
 macedonios la aterrizaron también rápidamente y
 la sometieron. Antígono levantó el campo y avanzó
 13 hacia Herea y Telfusa ¹⁵³; sus habitantes se le pasaron
 voluntariamente y él se hizo con las ciudades. Llegó
 el invierno, y se presentó en Egio, a la asamblea de los
 14 aqueos. Había despachado a todos sus macedonios a
 sus casas para pasar el invierno; él sostuvo conversa-
 ciones con los aqueos, con quienes deliberó acerca de
 la situación.

¹⁵² Este nombramiento es el que da, verdaderamente, origen a la alianza de aqueos y macedonios.

¹⁵³ Herea: a la orilla derecha del Alfeo, en la confluencia de este río con el Ladon; Telfusa, 17 kilómetros al N. de Herea, en la orilla izquierda del Ladon.

Entonces ¹⁵⁴ Cleómenes averi- **55**
 guó que Antígono había licenciado a sus fuerzas y que él permanecía en Egio sólo con los mercenarios, a tres días de marcha de Megalópolis. Sabía que esta ciudad, grande y **2**
Toma de Megalópolis por Cleómenes

desguarnecida, tenía escasos hombres para su defensa; se pensaba que Antígono estaba cerca. La población había perdido la mayoría de sus hombres en edad militar en la batalla de Liceo y en la que se dio después junto a Ladocea. Cleómenes aceptó la colaboración de **3**
 algunos desertores mesenios que se encontraban casualmente en Megalópolis, y con su ayuda penetró de noche en el recinto de las murallas. Ya de día, poco **4**
 le faltó no ya para que los megalopolitanos le echaran, sino aún para perderse totalmente, ello por el coraje de los ciudadanos. Tres meses antes ya le había **5**
 pasado algo parecido, cuando logró escurrirse dentro del barrio de la ciudad llamado El Coleo. Pero ahora **6**
 tuvo éxito en su intento, por el número de sus hombres y también porque se había avanzado a tomar los lugares estratégicos. De modo que arrojó a los megalopolitanos y les tomó la ciudad. Dueño de ella, la **7**
 arrasó con tal encarnizamiento y furor, que nadie hubiera podido esperar verla habitada de nuevo. Hizo **8**
 esto, creo yo, porque en los azares de aquellos tiempos sólo entre los estinfalios ¹⁵⁵ y entre los megalopolitanos no pudo procurarse ni un traidor ni un partidario, ni un cómplice de sus ambiciones. Un solo hombre, Tear- **9**
 ques, avergonzó la nobleza de los clitorenses y su amor a la libertad, si bien éstos niegan que fuera na-

¹⁵⁴ Otoño del año 223.

¹⁵⁵ Estínfale, ciudad situada en el extremo N. de la Arcadia; Clítor, citada a continuación (actualmente Katsana), unos 30 kilómetros al E.

tural de su ciudad; dicen que era un bastardo de un soldado vecino de Orcómeno.

56

*Crítica del
historiador Filarco*

La historia de la época descrita por Arato la han tratado también otros, entre los que goza de crédito Filarco¹⁵⁶, quien con frecuencia contradice al primero y sostiene opiniones opuestas. Nosotros hemos preferido a Arato en la exposición de la guerra de Cleómenes, de modo que es útil y necesario explicar nuestra elección, y no permitir que la mentira goce de la misma fuerza que la verdad en los escritos históricos. En el conjunto de su obra Filarco ha dicho muchas cosas a la ligera y según le parecía. Ahora quizá no sea necesario tratar con detalle ni reprocharle otros puntos, pero en lo concerniente a la época que aquí nos ocupa, es decir, la guerra cleoménica, es forzoso proceder con criterio. Y ello bastará para ver su mérito general y el valor de su historia. En efecto: pretende poner a la vista de todos la crueldad de Antígono y de los macedonios, y al propio tiempo la de Arato y de los aqueos. Y para ello afirma que cuando los de Mantinea fueron sometidos padecieron grandes calamidades¹⁵⁷, y que la ciudad mayor y más antigua de Arcadia se debatió entre desgracias tales que causó conmoción y lágrimas entre todos los griegos. Filarco quiere provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato, de modo que describe teatralmente mujeres que se abrazan¹⁵⁸; sus cabelleras flotan y sus pechos están al descubierto. Nos habla de llantos

¹⁵⁶ Historiador griego del siglo III a. C., autor de una historia de Grecia en veintiocho libros, que abarcaba los años 272-223.

¹⁵⁷ Cf. II 54, 11-12.

¹⁵⁸ O, quizás, que abrazan altares en actitud de súplica: el texto griego es genérico y no precisa.

y alaridos de hombres y mujeres a los que se llevan, revueltos con sus hijos y sus padres. Éste es el procedimiento habitual de su historia, tendente siempre a poner horrores a la vista de todos. Pero dejemos lo pedestre y mujeril que resulta esta propensión suya, y examinemos mejor lo que en la historia es natural y útil¹⁵⁹. Conviene que el historiador con su obra no intente fascinar y maravillar al primero que encuentre. Conviene que no invente discursos¹⁶⁰ en cualquier oportunidad, y que no describa las consecuencias marginales de lo sucedido. Esto corresponde a los autores trágicos; el historiador debe limitarse a recordar lo que en verdad se dijo y se hizo, por vulgar que sea. Pues la finalidad de la historia y la de la tragedia no coinciden, al contrario, se oponen polarmente: ésta última debe usar las palabras más persuasivas, en cualquier circunstancia mover y hacerse suyos a los espectadores; el historiador, en cambio, debe intentar siempre enseñar y convencer a los estudiosos; su palabra y su obra deben responder a la verdad. En la tragedia guía lo convincente, aunque sea falso, y ello mintiendo a los espectadores; la guía de la historia es la verdad; la historia persigue el provecho de sus cultivadores. Además, Filarco nos narra la mayoría de episodios sin indicar su causa ni cómo ocurrieron. Y sin saberlo la piedad no es razonable, y la indignación está fuera de lugar ante cualquier acontecimiento. Pues, ¿quién no tendrá por terrible el que los hombres libres sean apaleados? Pero si lo sufre el cabecilla de un atentado, pensamos que lo ha sufrido con justicia. Los que golpean a hombres libres merecen premio y agradecimiento si lo hacen para escarmentar y corregir. Del

¹⁵⁹ La referencia es a la historia como ciencia general (Pédech, Walbank) y no a la historia de Filarco (Paton).

¹⁶⁰ Esto parece ser un ataque a Tucídides.

mismo modo, dar muerte a los ciudadanos es tenido como sacrilegio máximo, como crimen digno de los más refinados suplicios. Y, sin embargo, es notorio que el que ejecuta a un ladrón o a un adúltero goza de impunidad, y el que mata a un traidor o a un tirano merece un asiento de honor¹⁶¹ a la vista de todos. Así, la emisión de un juicio definitivo no debe basarse nunca en los hechos en sí, antes bien, en sus causas y en las razones que movieron a sus autores; también en las diferencias que ellas presentan.

57 Los de Mantinea, que antes habían abandonado voluntariamente la Liga aquea, se pasaron, ellos y su ciudad, a los etolios, y posteriormente a Cleómenes. Alineados, pues, en esta política, y unidos al estado lacedemonio, los aqueos ya cuatro años antes de la intervención de Antígono les conquistaron la ciudad, en una maniobra de Arato. Y en aquella ocasión la traición citada no les reportó daño alguno, bien al contrario. Lo que pasó allí se hizo famoso por lo súbito con que ambos bandos mudaron sus tendencias políticas. Así que tomó la ciudad, Arato ordenó a los suyos que nadie tocara nada que no le perteneciera. A continuación reunió a los ciudadanos de Mantinea, les exhortó a que cobraran confianza y a que permanecieran en sus casas, pues bajo el gobierno de los aqueos gozarían de toda clase de seguridades. Cuando vieron una esperanza tan imprevista como paradójica, los de Mantinea se pasaron al partido contrario. Y ahora invitaban a sus propios hogares, que les hacían compartir con sus mismos parientes, sin omitir nada de lo que fomenta el afecto mutuo, a aquellos contra los cuales luchaban muy poco antes, a cuyas manos vieron morir a muchos parientes y caer gravemente

¹⁶¹ Clara referencia a una proedría o asiento de honor en el teatro.

heridos a bastantes de entre ellos. Esta conducta es 8 explicable: no conozco un caso de hombres que se hayan mostrado tan benignos con sus enemigos ni de alguien que haya evitado las catástrofes evidentemente más graves con menos daño que los de Mantinea, gracias a la humanidad de Arato y de los aqueos para con ellos.

Los de Mantinea previeron convulsiones internas e 50 intrigas por parte de los etolios y de los lacedemonios, por lo que enviaron una embajada a los aqueos en demanda de una guarnición. Los aqueos les atendieron, y sortearon entre ellos a trescientos hombres; los designados por el azar abandonaron patria y bienes y fueron a vivir a Mantinea para velar por la vida y la libertad de los mantineenses. Además, los aqueos 3 enviaron a doscientos mercenarios, quienes, junto con el resto de los hombres, debían velar por el régimen establecido. Pero al cabo de poco tiempo en Mantinea 4 estalló una revuelta. Los ciudadanos llamaron a los lacedemonios, pusieron la ciudad en sus manos y degollaron a los aqueos que convivían con ellos. No es fácil hablar de una traición más grave y vergonzosa. Pues si los de Mantinea habían decidido irrevocable- 5 mente traicionar la amistad y la gratitud que debían a un pueblo, como mínimo hubieran debido perdonar, como fuera, la vida a aquellos hombres, pactar una tregua y permitirles la retirada; las normas vigentes 6 entre los hombres la conceden incluso a los enemigos. Pero los de Mantinea transgredieron las leyes comu- 7 nes entre los hombres, y cometieron intencionadamente la peor impiedad; pretendían con ello ganarse la confianza de cara a sus planes. ¿Qué indignación no 8 merece el convertirse en verdugos y asesinos de aquellos que antes les habían conquistado por la fuerza, les habían dejado impunes y ahora velaban por sus vidas y por su libertad? ¿Qué tortura se les podría 9

aplicar que pareciera adecuada? No faltará quien diga que fueron vendidos con sus mujeres e hijos luego que fueron derrotados militarmente. Pero éste es un suplicio ya impuesto por las leyes de guerra a los que no han cometido ninguna impiedad, de manera que para éstos otros se debe encontrar un castigo mayor y más total. Si sufrieron lo que Filarco dice, no es lógico que la compasión de los griegos les hubiera acompañado. En cambio, merecen elogio y aprobación aquellos cuya acción persigue la impiedad de otros. Ahora bien: los de Mantinea, en la hora de su calamidad, no sufrieron otra cosa que ver saqueados sus bienes y vendidos sus hombres libres. Sin embargo, el historiador Filarco, en aras de un sensacionalismo, introdujo una mentira absoluta e increíble. Fue incapaz, por exceso de ignorancia, de conocer algo que tenía a su alcance: los aqueos se apoderaron por la fuerza de Tegea¹⁶², y no hicieron nada parecido. La conclusión es que si la crueldad fue la razón de su conducta, hubiera sido natural que Tegea hubiera sufrido lo mismo que los demás que cayeron en la misma época, pero si el trato especial se dio sólo para los de Mantinea, es evidente que también la causa de la ira contra ellos fue forzosamente especial.

Además, Filarco cuenta que Aristómaco de Argos¹⁶³, hombre de familia muy ilustre, había sido tirano de los argivos, hijo él mismo de tiranos. Cayó en manos de Antígono y de los aqueos, y fue conducido hasta Cencreas¹⁶⁴, donde murió ejecutado entre torturas. Filarco explica que padeció las más injustas e inicuas que pueda sufrir un hombre. El autor, fiel también en este caso a su estilo, describe los ayes que, mientras

¹⁶² En el verano del 223.

¹⁶³ Tirano de Argos que había abandonado voluntariamente la tiranía; cf., más arriba, 54, 6-7.

¹⁶⁴ Cencreas, puerto de Corinto en el golfo Sarónico.

Aristómaco era torturado, oían de noche los vecinos. Dice que unos, sorprendidos ante tamaña impiedad, corrieron hacia el lugar, mientras que otros no daban crédito a lo que oían y otros estaban indignados. Pero dejemos esta fantasía, de la que tenemos ejemplos suficientes. Yo creo que Aristómaco, aunque no hubiera causado ningún perjuicio a los aqueos, merecía el máximo castigo por su conducta perversa y por la traición de que hizo víctima a su patria. Con la intención de aumentar la gloria de Aristómaco y de incitar a su público a la indignación por lo que sufrió, el historiador precisa que no sólo fue tirano, sino hijo de tiranos. Pero nadie sería capaz de formular una acusación más grave, más amarga: el mismo nombre comporta el sentido más abominable, que rebasa todas las injusticias y locuras de los hombres. Por más que sufriera los más terribles castigos, tal como asevera Filarco, sin embargo Aristómaco no purgó ni sus crímenes de un solo día, aquél en que Arato y los aqueos lograron penetrar en la ciudad de Argos¹⁶⁵, y tras arrostrar grandes peligros y combates por la libertad de los argivos, al final fracasaron, porque no se movió nadie de los que dentro estaban en connivencia con ellos; la causa fue el terror que les infundía el tirano. Aristómaco alegó como motivo, en realidad un mero pretexto, la entrada de los aqueos, y mandó degollar entre torturas a ochenta ciudadanos principales, los más ilustres. Omito las impiedades de toda su vida y las de sus antepasados; el recuento sería inacabable.

Aristómaco murió entre torturas, pero no debemos considerarlo terrible: si lo hubiera sido que hubiera muerto impune, sin experimentar lo que ellas son. Tampoco hay que creer que Antígono y Arato sean culpables: aprisionaron al tirano en una guerra y le tortura-

¹⁶⁵ Fue un golpe de mano fracasado en el año 235.

ron hasta la muerte. Incluso si hubiera sido en período de paz los que le castigaron y mataron hubieran merecido el elogio y la honra de los hombres juiciosos, ya que, aparte de lo dicho, ¿qué merecía su traición a los aqueos? Aristómaco depuso la tiranía no muchos años antes, forzado por las circunstancias, porque Demetrio había muerto. Y se encontró inesperadamente con la seguridad y protección que los aqueos, con su benevolencia y nobleza, le brindaron. En efecto: los aqueos no sólo dejaron sin castigo las impiedades de su tiranía, sino que le admitieron en la Liga Aquea y en ella le confirieron la máxima honra, le nombraron general en jefe. Pero él, así que mejoraron un poco las esperanzas de futuro de Cleómenes, olvidó todos los beneficios: precisamente en el momento más crítico separó a su país de los aqueos y tomó decisiones desviadas; se pasó al enemigo. Cuando cayó en manos de sus adversarios, no hubiera debido morir entre suplicios en una noche, en Cencreas, que es lo que cuenta Filarco, todo lo contrario, le hubieran debido pasear, entre tormentos, por todo el Peloponeso, hasta que expirara. Ahora bien: era un hombre tal como queda dicho, y no le ocurrió otra cosa sino que los oficiales con mando en Cencreas le arrojaron al mar.

61 Aparte de esto, Filarco nos narra con énfasis y exageración las desgracias sufridas por los de Mantinea. Es evidente su suposición de que los historiadores deben exponer las iniquidades de los hombres. Pero en cambio no menciona ni en lo más mínimo el heroísmo del que los megalopolitanos hicieron gala en aquella oportunidad. ¡Como si fuera más propio de la historia enumerar los crímenes de sus protagonistas que no señalar las acciones bellas y justas! ¡O como si los lectores de libros de historia se vieran menos aleccionados por las obras honestas y ejemplares que por las empresas improbables y dignas de vituperio!

Filarco, que quiere poner de relieve la magnanimidad de Cleómenes y su moderación en su trato con los enemigos, sitúa ante nuestra vista el hecho de que, tras conquistar Megalópolis, no la destruyó; mandó inmediatamente legados a los megalopolitanos, que estaban en Mesene, y les propuso que recuperaran su patria intacta, y luego se asociaran a sus acciones. Explica todavía cómo los megalopolitanos, cuando les era leída la carta, no toleraron que lo fuera íntegramente, y que por poco apedrean a los mensajeros. Su narración llega hasta aquí. Lo que sigue, y que es propio de la historia, lo suprimió, a saber, el elogio y el recuerdo ennoblecedor de las conductas memorables. Esto aquí venía a cuento, porque si creemos que son hombres nobles los que soportan una guerra sólo por su convicción y por la palabra dada a los amigos y aliados, y otorgamos elogio, gratitud y recompensas a los que, en aras de lo mismo, sobrellevan el asedio y la destrucción de su territorio, ¿qué opinión deberemos tener, ciertamente, de los de Megalópolis? ¿Acaso no la mejor, la más noble? En primer lugar, los megalopolitanos abandonaron su territorio a Cleómenes, después, por su fidelidad a los aqueos, perdieron totalmente su país, y finalmente, cuando se les ofreció, de manera inesperada y paradójica, la posibilidad de recuperar su ciudad intacta, prefirieron verse privados de su país, de sus sepulturas, de sus templos, de su patria, de sus bienes, de todo aquello, en suma, que los hombres aprecian más, a traicionar la lealtad debida a los aliados. ¿Ha habido, o podría haber obra más bella? ¿Es que hay algo sobre lo cual el historiador deba fijar más la atención de su público? ¿Existe otra acción que pueda estimular más a sus lectores a ser leales y a asociarse a las causas nobles? Filarco no hizo la menor mención de todo esto, ciego, a lo que creo, para las

obras más nobles, que son lo que un historiador debe perseguir por encima de todo.

62 No contento con esto, Filarco afirma a continuación que los lacedemonios de los despojos de Megalópolis ingresaron seis mil talentos, de los cuales, según es habitual, dos mil correspondieron a Cleómenes.

2 Ante todo, ¿quién no se sorprendería, aquí, de la incompetencia y del poco sentido común referente a los recursos y a las riquezas de las ciudades griegas que muestra este historiador? Este tema debe importar

3 mucho a los historiadores. No hablo, evidentemente, de la época en que los reyes macedonios y aún más las guerras continuas habían devastado prácticamente

4 el Peloponeso, sino de nuestra época. Ahora reina gran concordia entre todos los peloponesios, que gozan de gran prosperidad. Pues bien: de todos los ajuares de todo el Peloponeso, excluyendo a las personas, no

5 sería posible reunir tal cantidad. Lo que sigue demuestra que afirmo esto no arbitrariamente, sino con

6 toda razón. En efecto, ¿qué lector de la historia de Atenas ignora que cuando los atenienses se aliaron con los tebanos y emprendieron la guerra contra los lacedemonios¹⁶⁶ (enviaron diez mil soldados y dotaron

7 cien trirremes) decidieron establecer un impuesto de guerra y valoraron todo el país del Ática, las casas y

8 la hacienda restante? La suma total de la valoración arrojó cinco mil setecientos cincuenta talentos, cifra que hace indudable mi afirmación sobre los peloponesios. En aquella época para Megalópolis nadie se atre-

9 vería a calcular más de trescientos talentos. Además, es un hecho reconocido que tanto hombres libres como

10 esclavos huyeron a Mesene. Y he aquí la máxima prue-

¹⁶⁶ Se refiere a la segunda liga marítima ateniense, en la que atenienses y tebanos coaligados lucharon contra la hegemonía espartana del año 378. El triunfo de la coalición en Cabrias, ante Naxos, hunde para siempre el poder militar de Esparta.

ba de mis afirmaciones: los de Mantinea no eran inferiores en nada a los arcadios, ni en potencia ni en hacienda, como afirma el mismo Filarco. Asediados, se vieron obligados a rendirse. Su ciudad fue tomada; casi nadie logró huir, y no fue fácil sustraer algo. Y

12 en aquella ocasión todo el botín, incluidos los despojos, valió trescientos talentos.

¿Y quién no se extrañaría más de lo que sigue? 63

Tras estas afirmaciones Filarco dice que antes de la confrontación, diez días a lo sumo, acudió un legado a Cleómenes de parte de Ptolomeo¹⁶⁷, y le anunció que éste se negaba a avituallarle, y que le aconsejaba que hiciera las paces con Antígono. Asegura que, al enterarse, Cleómenes decidió jugárselo todo inmediatamente, antes de que sus tropas supieran lo ocurrido, ya que no tenía la menor esperanza de poder abonarles la soldada con recursos propios. Pues bien, si en tal

3 ocasión hubiera dispuesto de seis mil talentos, él mismo en cuestión de avituallamiento hubiera podido superar a Ptolomeo. Y sólo con poseer trescientos talentos le

4 bastaba, con toda seguridad, para proseguir la guerra contra Antígono. Filarco declara que Cleómenes espe-

5 raba ser aprovisionado por Ptolomeo; ¿decir al propio tiempo que disponía de una cantidad tal de dinero, no va a ser indicio de gran necesidad e irreflexión?

Tanto en su tratamiento de esta época como en toda 6 su obra, en este historiador se pueden documentar detalles como éstos; creo que los que he aducido bastan para satisfacer mi método y plan iniciales.

¹⁶⁷ Ptolomeo III Evergetes (246/221).

64

Batalla de Selasia

Después de la caída de Megalópolis, Antígono invernaba en Argos. Al inicio de la primavera Cleómenes reunió a sus tropas, las arengó cual convenía en aque-

lla ocasión, se puso en marcha e invadió el país de los 2 argivos¹⁶⁸. La mayoría creyó que la acción era una temeridad absurda, porque los lugares de acceso estaban fortificados. Sin embargo, si se calcula bien, el 3 plan era prudente y seguro. Cleómenes veía que Antígono había licenciado a sus tropas, y sabía bien que en principio su invasión no correría peligro. Además pensaba que, con el país destruido hasta los mismos muros, lo más natural era que los argivos, al comprobar lo que ocurría, lo tomaran a mal y lo echaran en 4 cara a Antígono. Si éste, vencido por los reproches de la multitud, salía y se arriesgaba con los hombres de que disponía, en tal caso Cleómenes entendía que su 5 triunfo sería fácil. Y si Antígono perseveraba en sus planes y no hacía nada, él desmoralizaría a los contrarios, infundiría coraje a sus propias fuerzas y luego se 6 retiraría, sin correr riesgo alguno, a sus territorios. Y ocurrió esto último. Al ver su país devastado, las turbas se reunían y cubrían de insultos a Antígono. Él, sin embargo, de manera muy digna de un jefe y un rey, concedió más importancia a sus planes, y permaneció 7 inactivo. Según su propósito inicial, Cleómenes devastó el país e intimidó a sus adversarios, levantando al propio tiempo la moral de sus tropas para las batallas inminentes. Luego regresó a su país sin sufrir daños. 85 Al comienzo del verano los macedonios y los aqueos regresaron de allí donde habían pasado el invierno.

¹⁶⁸ A principios de la primavera del año 222. Pero esta fecha no es absolutamente cierta; bien pudiera ser del año 223. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Antígono tomó el ejército y avanzó con sus aliados hacia la Lacedemonia. Disponía de diez mil macedo- 2 nios que formaban una falange, de tres mil peltastas¹⁶⁹ y trescientos jinetes, de más de diez mil soldados agrianos¹⁷⁰ y de igual número de galos; además tenía un cuerpo de mercenarios que comprendía en total tres mil soldados de a pie y trescientos jinetes. La tropa 3 escogida de los aqueos se componía de tres mil soldados de a pie y de trescientos jinetes. Había mil megalopolitanos armados al modo macedonio, mandados por Cércidas de Megalópolis. El contingente aliado lo 4 formaban dos mil infantes beocios y doscientos jinetes, mil infantes epirotas y cincuenta jinetes, acarnanios en número igual y mil seiscientos ilirios; al mando de éstos iba Demetrio de Faros¹⁷¹. En su conjunto, el 5 ejército aqueo contaba veintiocho mil soldados de a pie y mil doscientos de caballería. Cleómenes esperaba 6 la incursión, y aseguró los accesos al país con guarniciones, vallados y talas de árboles; él mismo acampó 7 con sus tropas en el lugar de Selasia¹⁷²; el ejército de que disponía constaba, en su totalidad, de veinte mil hombres. Cleómenes había conjeturado, con toda la razón, que era por Selasia por donde el enemigo iba a hacer la penetración. Y fue así. Allí hay dos colinas 8

¹⁶⁹ Peltasta: soldado griego de infantería que combatía protegiéndose con un pequeño escudo circular. Su arma principal era una lanza, primero relativamente corta, que luego se alargó. Llevaba también una espada de doble filo por si la ocasión lo requería. La gran época de los peltastas fue la guerra del Peloponeso, hasta las guerras de los diádocos; en tiempos de Polibio, su empleo estaba ya en franca desaparición.

¹⁷⁰ Los agrianos eran un pueblo tracomacedonio que habitaba la región de las fuentes del Estrimón.

¹⁷¹ Cf. la nota 28 de este segundo libro.

¹⁷² Plaza situada al N. de la Laconia, encima de la ciudad de Esparta. Amplia discusión sobre el lugar exacto de la batalla, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que dominan la entrada, una se llama Evas y la otra
 9 Olimpo. El camino entre ambos montecillos, tendido
 a lo largo del río Enunte¹⁷³, conduce hacia Esparta.
 Cleómenes había dispuesto delante de las dos colinas
 mencionadas un vallado y un foso. En la altura de
 Evas apostó a los periecos¹⁷⁴ y a los aliados, a las órde-
 nes de su hermano Euclides; él personalmente ocupó
 la altura de Olimpo con los lacedemonios y los merce-
 10 narios. Antígono llegó, se percató de la dificultad natu-
 ral del lugar y de que Cleómenes se había adelanta-
 do a ocupar con parte de sus fuerzas, de manera muy
 11 hábil, los lugares estratégicos. El dispositivo total de
 su acampada se asemejaba a la guardia de los buenos
 12 luchadores. No faltaba nada de lo necesario para el
 ataque o la defensa, sino que la línea era sólida y su
 13 campamento de acceso difícil. Antígono renunció a in-
 tentar el asalto y a arriesgarse a un combate inseguro.
 66 Acampó a poca distancia, tomó como defensa el río
 llamado Górgilo¹⁷⁵, aguardó unos días e iba examinando
 las particularidades del terreno y las diferencias entre
 2 las tropas. Al mismo tiempo fingía algunas operacio-
 nes para intentar averiguar las intenciones del enemi-
 3 go. Pero no logró descubrir ningún punto débil ni
 desarmado; Cleómenes se oponía a todo muy hábil-
 4 mente, y Antígono desistió de su táctica. Al final se
 pusieron de acuerdo y resolvieron dirimir la cuestión
 con una batalla. La Fortuna contrapuso a estos dos
 hombres, generales muy dotados y de características
 5 similares. El rey Antígono opuso a los hombres de la

¹⁷³ Actualmente este río se llama Kelefina.

¹⁷⁴ Eran los habitantes de las hondonadas del valle del Eurotas; no eran ciudadanos espartanos, pero sí hombres libres que podían ejercer libremente cualquier profesión; su única obligación era la de acompañar, en calidad de infantería pesada, a los espartanos cuando salían de campaña.

¹⁷⁵ El actual río Kourmeki.

colina Evas sus escudados¹⁷⁶ macedonios y a los ilirios, dispuestos entre los primeros; las unidades iban alter-nándose. Nombró comandantes a Alejandro, hijo de Admeto, y a Demetrio de Faros. Detrás de ellos colocó 6 a los acarnanios y a los cretenses, en cuya retaguardia había dos mil aqueos, que había dispuesto como cuerpo de reserva. Opuso su caballería, junto al río Enunte, 7 a la de los enemigos, a las órdenes de Alejandro, y la apoyó con mil soldados aqueos de infantería, e igual número de megalopolitanos. Antígono, que tenía con- 8 sigo a los mercenarios y a los macedonios, determinó combatir junto al montecillo Olimpo¹⁷⁷, contra los hom- bres de Cleómenes. Colocó, pues, en vanguardia a los 9 mercenarios, y detrás a los macedonios distribuidos en falanges sucesivas, debido a la angostura del lugar. Los ilirios tenían la consigna de iniciar el ataque a la 10 colina cuando vieran que desde el paraje del Olimpo les alzaban un lienzo; durante la noche se habían arri- mado al río Górgilo, al pie mismo de la altura. La 11 consigna dada a los de Megalópolis y a la caballería, igualmente, era atacar cuando en el campamento del rey se levantara un paño rojo¹⁷⁸.

Cuando llegó el momento de la batalla se dio la 67 consigna a los ilirios, y los oficiales a quienes com- petía exhortaron a cada uno a que cumpliera con su deber. Todos se desplegaron bruscamente e iniciaron el ataque a la colina. La infantería ligera de Cleóme- 2

¹⁷⁶ Traduzco así el término griego *chalkaspis*, soldados que combatían cubriéndose con grandes escudos de bronce. Pero, quizás, el término no deba ser entendido en su sentido estrictamente literal.

¹⁷⁷ La palabra olimpo parece ser un elemento de substrato pregriego que significa simplemente «montaña». En la Grecia antigua había muchos montes que llevaban este nombre.

¹⁷⁸ Sobre la batalla, véase el esquema de los dispositivos iniciales en *WALBANK Commentary*, pág. 276; el desarrollo de la misma viene estudiado en las páginas 272-279.

nes, que desde el principio se había alineado con su caballería, vio que, por su parte posterior, las unidades aqueas no tenían defensas. Las atacaron, pues, por detrás y pusieron en gran peligro a los aqueos que asaltaban la colina: los hombres de Euclides les atacaban de frente en situación ventajosa, y los mercenarios les embestían por detrás y llegaban al cuerpo a cuerpo con vigor. En aquella oportunidad Filopemén de Megalópolis vio lo que sucedía y adivinó lo que podía resultar. Primero intentó advertirlo a los comandantes, pero como nadie le hiciera caso porque jamás había ejercido el mando y al mismo tiempo era muy joven, arengó a sus propios conciudadanos y se lanzó audazmente contra el enemigo. Los mercenarios que atacaban por detrás a los que avanzaban, al oír el griterío y al percatarse de la refriega de la caballería abandonaron su propósito y corrieron a sus formaciones iniciales, en apoyo de la caballería propia. Esto libró del peligro al contingente de ilirios y de macedonios, y a los que avanzaban con ellos, que así se lanzaron con coraje y moral contra el enemigo. Posteriormente se vio claro que el autor de la derrota de Euclides había sido Filopemén.

Cuentan que Antígono, después, preguntaba a Alejandro, el jefe de su caballería, por qué había iniciado el combate antes de darse la señal. Alejandro negó haberlo hecho, y afirmó que había sido un jovencito de Megalópolis quien, contra su voluntad, se había lanzado al ataque. Antígono repuso que el tal muchacho había cumplido la obra de un buen general, pues había visto la oportunidad; en cambio él, Alejandro, el general, se había comportado como un chiquillo.

Y no fue esto sólo. Los hombres de Euclides vieron subir las unidades aqueas, pero descuidaron sus propias ventajas, proporcionadas por su situación, es decir, poder oponerse y atacar al enemigo ya desde

lejos, perturbar y deshacer sus formaciones y retirarse para colocarse sin riesgo en lugares estratégicos. Con ello se habrían anticipado a castigarle, habrían anulado la superioridad de su armamento y de su formación y le habrían derrotado fácilmente, porque ocupaban un lugar muy estratégico. Y no hicieron nada de esto: como si tuvieran la victoria al alcance de la mano, hicieron lo contrario, se quedaron en la cima, en su posición inicial, con el deseo de coger lo más arriba posible al enemigo, el cual así debería huir por mucho tiempo por un lugar escarpado y difícil. Y, lógicamente, ocurrió lo contrario: no se dejaron a sí mismos lugar para una retirada, chocaron con las unidades enemigas intactas y en formación cerrada, y esto les puso en un aprieto tal que luchaban contra los atacantes por la posesión de la misma cima de la colina. A partir de aquel momento se vieron en situación difícil por el peso del armamento enemigo y por su formación, que los ilirios recuperaron inmediatamente. Los hombres de Euclides se veían forzados a bajar, pues no se habían dejado espacio para una retirada ni para imprimir un giro a su formación. En un instante los ilirios les hicieron dar la vuelta y emprender una fuga fatal, ya que los lugares por donde se retiraban eran muy abruptos y poco accesibles.

Paralelamente a esto se desarrollaba el choque de las caballerías: todos los jinetes aqueos luchaban espléndidamente, pero principalmente Filopemén, ya que toda la lucha se había trabado por la libertad de los suyos. En aquella ocasión ocurrió a este general que su caballo cayó muerto, y él mismo, que se puso a combatir a pie, fue herido gravemente en ambos muslos. Los reyes apostados en el montecillo Olimpo libraron primero el combate con su infantería ligera y sus mercenarios, cinco mil en cada bando. A veces combatían aisladamente y otras en bloque, y la pelea

fue excepcional por ambas partes, ya que luchaban a la vista de los reyes y de ambos ejércitos. Rivalizaban entre ellos en coraje de hombre a hombre y de formación en formación. Cleómenes, cuando vio que los hombres de su hermano huían y que su caballería que combatía en la explanada estaba a punto de ceder, se aterrorizó ante la idea de que el enemigo le rodeara por todas partes. Arrancó, pues no había otra solución, sus muros protectores y sacó frontalmente a todas sus fuerzas por un flanco del campamento. Un toque de corneta llamó a las infanterías ligeras de ambas partes al espacio intermedio, las falanges lanzaron el grito de guerra, pusieron en ristre sus lanzas y entablaron el combate. La lucha se tornó terrible: a veces los macedonios retrocedían paso a paso por la enorme presión y el coraje de los laconios, pero otros éstos se veían rechazados por el peso de la formación macedonia. Al final los hombres de Antígono cerraron filas, atacaron al modo peculiar de la falange, una tras otra, embistiendo con energía, y echaron a los lacedemonios de sus fortificaciones. La gran masa huyó en desorden, en medio de una gran matanza, pero Cleómenes se retiró sin peligro, con algunos jinetes que le acompañaban, hacia Esparta. A la noche siguiente descendió hasta Gitio¹⁷⁹, pues desde mucho tiempo había previsto cualquier eventualidad, y se había dispuesto una navegación. Zarpó, pues, con sus amigos, y se fue a Alejandría.

¹⁷⁹ El principal puerto de Laconia, a unos 60 kilómetros al S. de Esparta.

*Final de la guerra.
Muerte de Antígono*

Antígono se adueñó de Esparta, restituyó a los lacedemonios su constitución tradicional y, por lo demás, les trató de modo amistoso y magnánimo. A los pocos días él y sus fuerzas abandonaron la ciudad, ante el aviso de que los ilirios habían invadido la Macedonia y devastaban el país. La Fortuna acostumbra a decidir así, de una manera absurda, las mayores empresas. Porque Cleómenes con sólo diferir la pugna unos pocos días, o bien, si tras retirarse del campo de batalla a la ciudad, hubiera afrontado la situación un cierto tiempo, hubiera podido conservar su imperio. Antígono llegó a Tegea, restauró también el régimen tradicional, y dos días después se presentó en Argos, en la ocasión en que se celebraban los Juegos Nemeos. En ellos recibió de la Liga aquea y de cada ciudad en particular todo lo que fomenta una gloria y un honor inmortales. Después se dirigió a marchas forzadas a Macedonia. Cogió a los ilirios todavía en el país, trabó combate con ellos en formación cerrada y les venció. Pero se esforzó tanto en las voces y las exhortaciones que dio durante la batalla, que tuvo vómitos de sangre o algo parecido. Enfermó y poco después murió. Durante su vida había infundido bellas esperanzas a todos los griegos por su habilidad en las empresas bélicas, y aún más por sus principios de honradez y bondad. Legó el reino de Macedonia a Filipo, el hijo de Demetrio.

Conclusión

¿Qué es lo que nos ha inducido a evocar con más extensión esta guerra? Porque sus acciones enlazan con lo que expondremos seguidamente, y nos ha parecido útil, es más, necesario, de acuerdo con el programa inicial, hacer clara y cognoscible a todos la situación

3 de entonces en Grecia y Macedonia. Cuando Ptolomeo
murió de enfermedad le sucedió en el reino Ptolomeo
4 llamado Filopátor ¹⁸⁰. Murió también Seleuco ¹⁸¹, hijo de
Seleuco Calínico o Barbudo; Antíoco, que era su her-
5 mano, recibió de él el reino de Siria. A éstos les ocu-
rrió algo semejante a los primeros que habían recibido
estos imperios después de la muerte de Alejandro; me
6 refiero a Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco: todos ellos
murieron en torno a la Olimpiada ciento veinticuatro,
como dije más arriba; éstos segundos murieron hacia
la Olimpiada ciento treinta y nueve ¹⁸².

7 Hasta aquí hemos desarrollado el prólogo y la pre-
paración de la historia general. En esta parte ha que-
dado señalado cuándo, cómo y por qué causas los
romanos, tras dominar a Italia, empezaron por primera
vez a acometer acciones exteriores, y se atrevieron a
disputar por primera vez a los cartagineses el dominio
8 del mar. Hemos aclarado también la historia de Grecia
y Macedonia, e igualmente la de Cartago, así como la
9 situación política de todos ellos. Según el programa
inicial, hemos llegado a la época en que los griegos
iban a iniciar la Guerra Social, los romanos la Anibá-
lica y los reyes de Asia la de Celesiria. De modo que
10 resulta indicado concluir este libro, porque el final de
los hechos ocurridos es paralelo a la muerte de los
reyes que hasta entonces habían dirigido las acciones.

¹⁸⁰ Se trata de Ptolomeo III Evergetes (246/221) y de Ptolomeo IV Filopátor (221-204?).

¹⁸¹ Se trata de Seleuco II Calínico (246/225). Su hijo Seleuco III aquí aludido directamente, sólo reinó dos años (225/223). Le sucedió Antíoco III el Grande (223-187). Los Seléucidas reinaban en Siria.

¹⁸² Comprende los años 224/220.